



JESÚS
CAÑADAS

DIENTES ROJOS

PRÓLOGO DE
ELISA McCausland

Rebecca Lilienthal, una adolescente berlinesa, ha desaparecido del internado en el que reside. Lo único que ha dejado tras de sí es un charco de sangre sobre el que flota un diente arrancado. Lukas Kocaj, un agente recién salido de la academia, será el encargado de encontrarla. Acompañado del inspector Otto Ritter, un policía brutal, racista y desfasado, Kocaj descubrirá cada vez más fragmentos de la vida oculta de Rebecca, de las siniestras fuerzas con las que bailaba y del peligroso juego en el que se ha aventurado. Un juego que ampara los macabros asesinatos de decenas, quizás cientos, de niñas y mujeres.

Índice de contenido

Prólogo. Érase una vez en Berlín

Primera parte. Kocaj

1. Griessmühle
2. Rebecca
3. Rebecca & Youyou
4. Corona de luna
5. El Incendio
6. El Hoyo
7. Princesas
8. Un susto
9. Tenaza Júnior

Interludio

Segunda parte. Rebecca

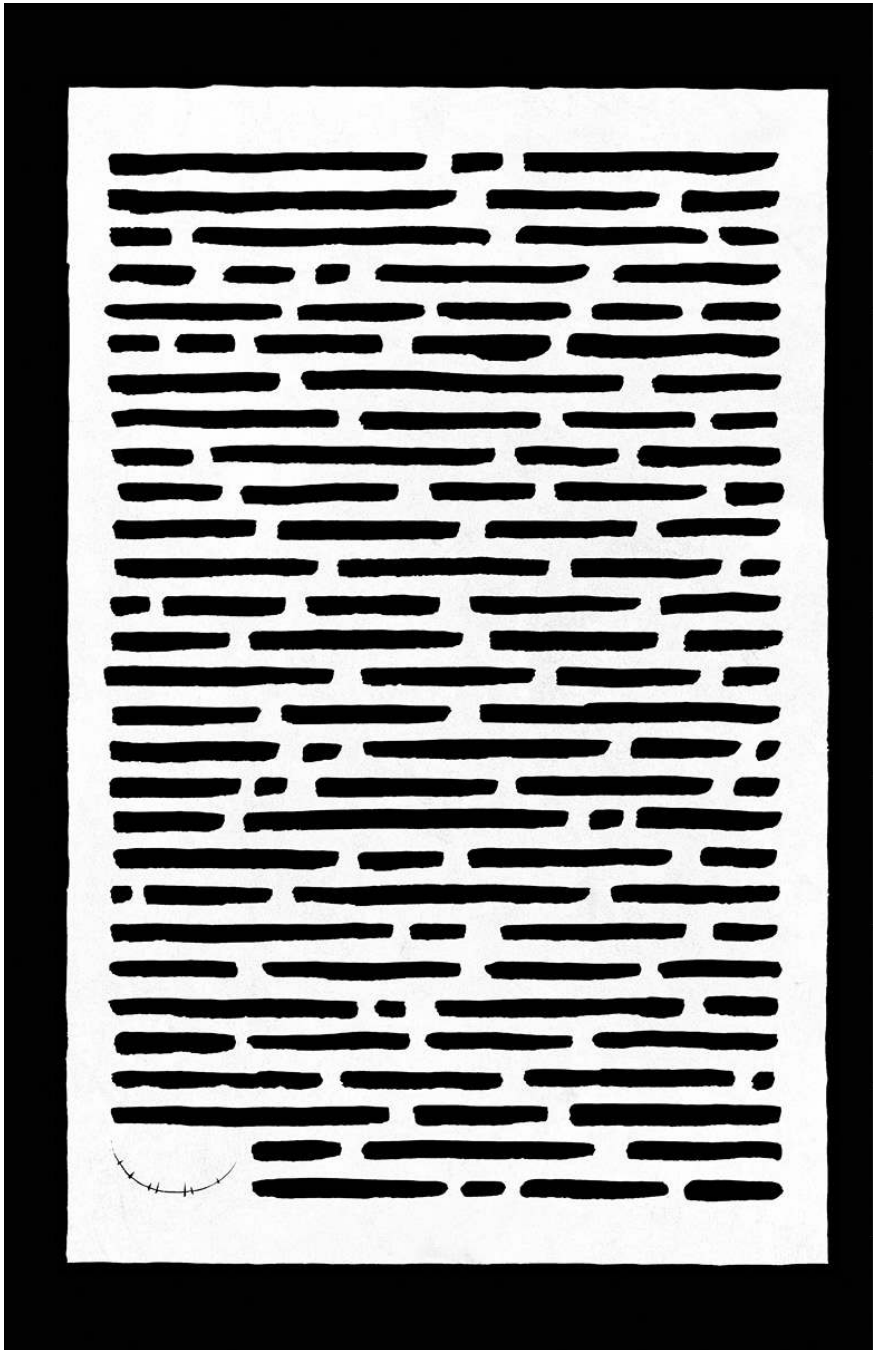
10. Y la noche me obedeció
11. Gorgona
12. Fiesta privada
13. Dientes
14. Tu otra mitad
15. Mater Dolorosa
16. Trono

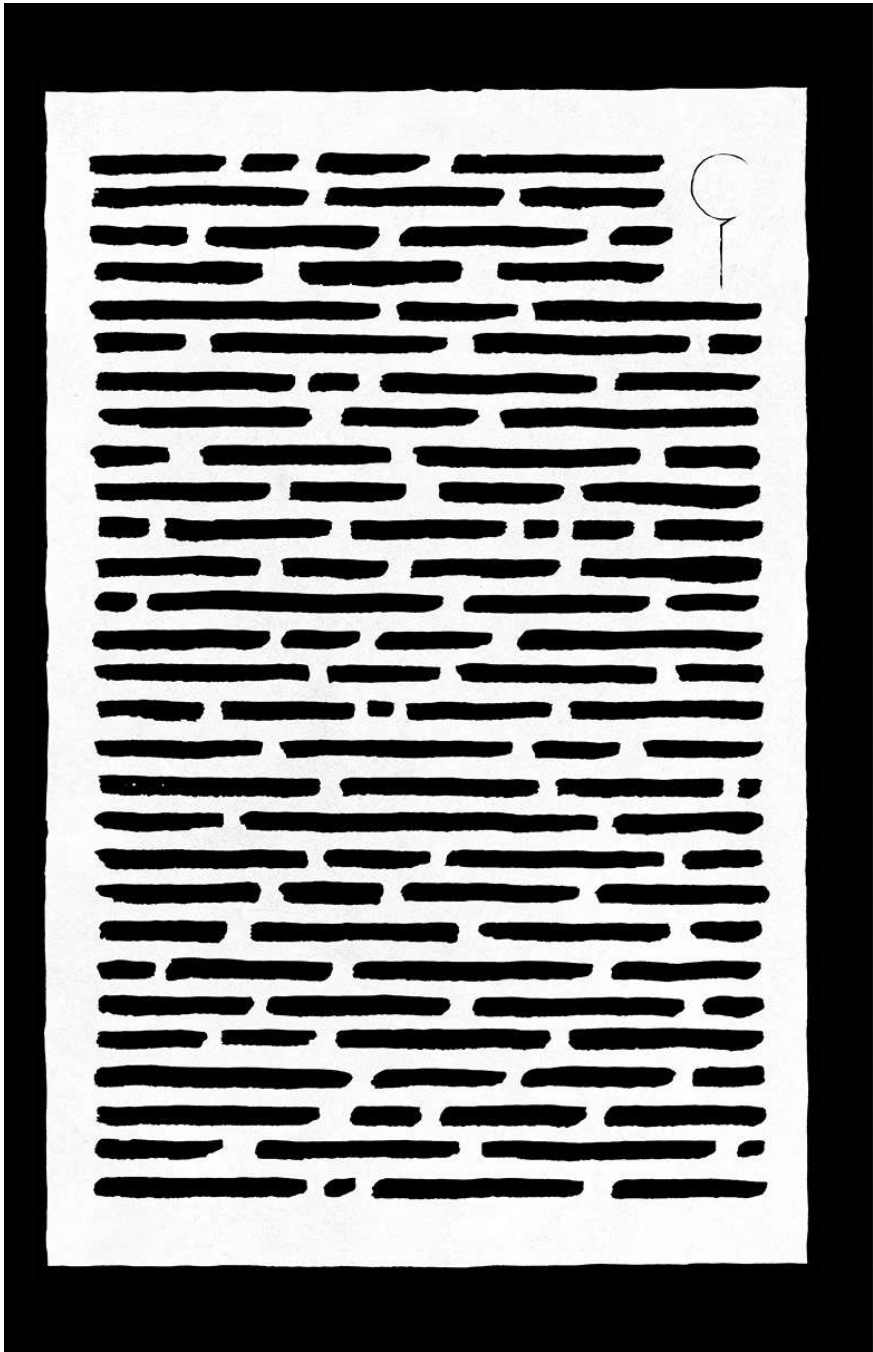
Epílogo

Agradecimientos

Sobre el autor

Para Alexander Páez





*Black girl, black girl, don't lie to me.
Tell me, where did you sleep last night?*

«*In the pines*», canción folk estadounidense

«Ojalá fuera posible hablar con los monstruos».

Fragmento de una de las primeras
críticas del videojuego *Doom*

Prólogo

Érase una vez en Berlín

La novela que os disponéis a leer es el (pen)último eslabón en la trayectoria como novelista y guionista de Jesús Cañadas; una trayectoria caracterizada por su amor profundo hacia los géneros populares de la ficción y su especial habilidad para arrojar una nueva mirada sobre ellos. Como podréis comprobar, *Dientes rojos* es buen ejemplo de ello.

Durante su primera mitad, la novela bebe del *noir* y, más en concreto, del ubicado en la ciudad de Berlín; a estas alturas, un subgénero literario en toda regla que ha practicado el célebre novelista británico Philip Kerr, entre otros muchos autores. Sin embargo, frente al romanticismo de época un tanto paradójico que ponen en escena la mayor parte de estas novelas –suelen estar ambientadas en el período nazi y épocas adyacentes–, *Dientes rojos* se circunscribe a un presente rabioso, sin edulcorar.

Las pesquisas de los policías Otto Ritter y Lukas Kocaj en su búsqueda de una joven desaparecida dan pie a un retrato de Berlín a pie de calle, muy reconocible para cualquiera que esté familiarizado con la ciudad y, sobre todo, para quien tenga conciencia de su realidad poliédrica y mutante, en la que caben vagabundos, artistas de la gentrificación, migrantes, agentes de la ley humanos, demasiados humanos, y gente de barrio abstraída en sus preo-

cupaciones cotidianas y ajena a cuanto sucede a escasos metros de su zona de confort. «Berlín es muchas ciudades en una, superpuestas y sin mezclarse».

No falta tampoco en *Dientes rojos* un retrato crítico de las masculinidades que acostumbran a ser protagonistas de la literatura negra. Después de tender al lector el cebo de un aparente antagonismo entre dos policías de generaciones diferentes, Cañadas remueve todas nuestras certidumbres como lectores de *noir* al dejar claro con buen olfato que la evolución de la hombría tradicional en las nuevas masculinidades es, en muchas ocasiones, poco más que una sofisticación aparente, bajo la cual muy bien pueden agazaparse monstruos todavía más tóxicos que los albergados a cara descubierta por sus antecesores, ante los que se creen superiores.

Pero este paisaje y paisanaje arquetípicamente *noir*, que, como decía, está teñido por Cañadas de actualidad, late otro género en virtud del malestar latente y tenebroso que anida en los corazones de los habitantes de Berlín y que está detrás de las desapariciones, asesinatos y violaciones de mujeres que investigan Ritter y Kocaj. Nos referimos al fantástico, pues, en su segunda mitad, *Dientes rojos* se abisma y nos abisma en los designios de una entidad perversa, telúrica, que se nutre de los crímenes cometidos por sus siervos y a la que se conoce como «el Rey». Cañadas alumbró así una mitología urbana en la que no puede faltar una figura opuesta al Rey: la Gorgona, que devuelve a las víctimas la dignidad robada. Uno de los mayores logros de la novela es esta interpretación del personaje mitológico de la Gorgona —asociada popularmente con la petrificación literal de quien contempla su rostro— como máscara que nace del terror, como diosa que proyecta en el ojo del otro los padecimientos que han hecho de ella un monstruo.

Berlín pasa a ser con todos estos elementos un portal a otros mundos que están en este pero nos negamos a mi-

rar. ¿Quiénes habitan sus rendijas? Lejos de poetizar Berlín, Cañadas nos recuerda que en sus calles «han pasado más atrocidades que en ningún otro lugar del mundo, con una o dos excepciones. La ciudad entera está carcomida, agujereada, podrida».

En la configuración del Rey, la Gorgona y una Berlín revelada boca del infierno, se percibe el cariño que profesa Jesús Cañadas por el género fantástico y sus potenciales para subvertir nuestros consensos sobre la realidad: desde los relatos de Arthur Machen, Robert W. Chambers y otros renovadores de los mitos cosmogónicos del terror que H. P. Lovecraft y Stephen King han desencadenado sobre nuestro presente materialista, a las expresiones audiovisuales de los últimos años, con *True Detective* (2014), *The Neon Demon* (2016), *Suspiria* (2018) y *Lovecraft Country* (2020) a la cabeza. Algunas referencias no son tan esperables, e inciden en el conocimiento del género por parte del autor. Véase el eco en las páginas de *Dientes rojos* de *Jennifer's Body* (2009) y su historia de sororidad y empoderamiento pasado por el túrmix de la sangre derramada.

En este sentido, *Dientes rojos* se imbrica en la tendencia reciente de la cultura popular a la exploración de terrores arquetípicos para debatir cuestiones sociopolíticas abiertas hoy por hoy en canal por la ciudadanía; entre ellas, por supuesto, el feminismo, columna vertebral de la novela. La segunda parte de *Dientes rojos* actúa de este modo no solo como vuelta de tuerca fantástica, sino como reflejo invertido de las claves *noir* precedentes. Una construcción literaria nada común que, además, representa una llamada a la acción a partir de los mitos y los constructos culturales. Cañadas parece decirnos que no basta con disfrutar de los códigos de la cultura popular, sino que debemos aspirar a descifrarlos, hacerlos nuestros, e intentar que resuenen en nuestro día a día a fin de cambiar real-

mente el mundo y no dejar agotada la magia en las palabras o las imágenes.

Al respecto, el autor recoge con acierto otra herencia, la de los cuentos infantiles tradicionales, que fabulaban la cotidianidad para dar cuenta muy exacta de sus horrores. Ahora bien, el transcurso de *Dientes rojos* violenta de nuevo los motivos sistémicos habituales de dichos cuentos para ofrecernos perspectivas de un nuevo orden moral: ¿Quién es Caperucita Roja en esta novela? ¿Quién es el lobo? ¿Quién el cazador? Y, lo más importante, ¿qué podemos deducir de la inversión de roles que plantea Cañadas? Es el reto de fondo que aguarda al lector cuando se adentre en las páginas que vienen: un relato que apuesta al mismo tiempo por su deconstrucción, confiando en nuestra perspicacia para emplear las pistas y herramientas literarias puestas a nuestra disposición. ¿El objetivo? Que seamos capaces de construir otros sentidos para el *noir*, el fantástico, el terror y quién sabe si para nuestras propias vidas.

ELISA MCCAUSLAND

Primera parte

Kocaj

1

Griessmühle

Llevo un rato siguiéndola y no sé qué hacer. La chica de la maleta verde pistacho camina despacio; creo que duda entre echar a correr o dejarme pasar. No hace ninguna de las dos cosas. Debe de estar preguntándose qué pasará si se detiene y yo también me detengo. Si echa a correr y yo corro detrás de ella. Es algo que no quiere comprobar, imagino. Las calles están vacías a esta hora; apenas pasa algún coche con la calefacción a tope y las ventanas a cal y canto. Aquí no hay tiendas de kebabs ni *spätis* en los que guarecerse. Guarecerse de mí. Como si fuera una tormenta. Como si fuera peligroso.

Lo que hace es seguir caminando al mismo ritmo. Las ruedas de su maleta color verde pistacho arañan la acera. No sé adónde va. Lo que sí sé es que llevo un rato siguiéndola. Y no sé qué hacer.

Hace poco más de una hora, yo estaba tirado en la cama de Nina y contemplaba cómo se ponía las bragas, el chándal, una camiseta con lentejuelas con la cara de Lady Gaga, zapatillas rosa sobre unos calcetines que ni siquiera había llegado a quitarse.

—¿Te gusta Lana del Rey? —le he preguntado de sope-tón.

—No —ha dicho Nina.

No hay nadie más en la calle. La ciudad ya está sumida en la noche eterna de finales de octubre. Cambiaron la hora hace una semana y ahora anochece alrededor de las cuatro y media. Nos esperan meses de oscuridad. La chica

finge mirar un escaparate, pero capto que su ojo culebrea en mi dirección; comprueba si todavía camino detrás de ella. Me ve, y su cuello da un latigazo en la dirección opuesta. Los árboles en la acera han perdido ya sus hojas. Sobre nosotros se cruzan ramas muertas.

–He visto en un cartel que da un concierto aquí –le he dicho a Nina–. Si quieres, vamos.

–Te he dicho que no me gusta, Kocaj. ¿Me estás escuchando?

Me he levantado de golpe y me he vestido con cuidado de no pisar el condón atado que descansaba en el suelo. He tardado un rato en encontrar mi cartera. En algún momento, una patada la ha mandado debajo del escritorio. Tengo que acostumbrarme a dejarla junto a la pistola.

La chica de la maleta color verde pistacho aprieta el paso. Podría cambiarme de acera. Podría incluso detenerme y ya está. Esperar a que se aleje. Pero no lo hago. Sigo, al mismo paso que ella. Me da un poco de rabia. Ella no tiene la culpa de sentirse amenazada, pero yo tampoco. Solo estoy caminando. Detrás de ella. A escasos metros. Desde hace una hora. Podría incluso sacar el móvil y llamar a Jana, o a Suly, hablar de fútbol en voz bien alta, para que se dé cuenta de que solo soy una persona normal. Pero no lo hago.

Nina se ha enfurruñado porque me he ido pronto.

–¿No íbamos a ver una peli, Kocaj?

–Otro día. Tengo que estar en casa a las siete.

–Vete a la mierda.

Le he ido a dar un beso, pero me ha vuelto la cara. Se lo he acabado dando en el *kanji* que lleva tatuado en el cuello. Por la ventana he visto que la noche ha llegado hace rato. He metido la pistola y la cartera en la bolsa de deporte.

–Kocaj –me ha dicho Nina cuando ya iba a abrir la puerta de su piso–. He pensado que no deberíamos vernos más.